



EL SURGIMIENTO DEL INSTITUTO EN EL CONTEXTO DE LA TRANSICIÓN POLÍTICA

Emilio Majuelo Gil

Hace diez años, a primeros de diciembre de 1984, una idea sencilla vinculó diversas iniciativas y personas en un proyecto común que ha llegado hasta hoy. Se trataba, ni más ni menos, de conocer mejor la historia contemporánea de Navarra y de conjuntar esfuerzos que paliaran los amplios huecos historiográficos existentes. Con frecuencia, cualquier lector avezado de nuestra historia tenía razones para sentirse insatisfecho al consultar los títulos accesibles en aquel momento, tanto por la escasez de monografías escritas con un mínimo de rigor metodológico como por las inexactitudes, tergiversaciones e interpretaciones vertidas sin un suficiente apoyo empírico.

Aquella era una idea de ilusión en un momento de transformaciones en nuestro entorno; un proyecto de investigación y estudio que entendía la historia como una herramienta necesaria para el cambio social, como instrumento que iluminara proyectos de transforma-

ción cultural a través del conocimiento histórico. Propiamente, este empeño no constituía una novedad, en el sentido de que en otras zonas, como en Vascongadas, la renovación de los estudios históricos se estaba asentando y eran ya una realidad, al establecerse una línea de continuidad entre las nuevas generaciones de estudiosos y las aportaciones historiográficas y metodológicas que importantes historiadores elaboraron durante los años setenta. En Navarra sin embargo, la posibilidad de que se diera una situación similar a mediados todavía de los ochenta, suponía un ejercicio mental difícil de imaginar.

Hay quien mantiene hoy en día la falta de practicidad del razonamiento khuniano sobre los saltos cualitativos en la historia de la ciencia si los aplicamos a la historia. Dejando de momento los objetivos de Khun, que no contemplaba a la historia en los ámbitos de alcance de sus propuestas teóricas, se quiere subrayar, y esto es lo importante, que más que rupturas bruscas con el pasado lo que se ha dado son líneas de continuidad. O lo que es lo mismo, es en cierta historiografía escrita durante y al final del franquismo, donde habría que buscar el origen de los paradigmas, teorías e interpretaciones que han asentado la historiografía durante la transición. Al hilo de este planteamiento la historiografía que se produjo a partir de la muerte de Franco planteaba o enlazaba con cuestiones y metodologías que se habían ido elaborando cuando menos en los sesenta, aunque evidentemente no desde o en la historiografía franquista, sino a pesar del régimen franquista, a través de una recuperación de la tradición liberal y erudita del primer tercio del siglo XX.

La historiografía navarra no puede, evidentemente, llamar a la puerta de un pasado inmediato y reclamarse heredera de la misma, sino en un sentido muy laxo y relativo. Sencillamente porque en lo referente a la contemporaneidad prácticamente no existió hasta fines de los setenta y principios de los ochenta. No deja de ser sintomático en este sentido que las dos primeras obras generales de historia contemporánea de Navarra, se publicaran en 1982.¹ Las obras que han sugerido nuevas líneas de investigación han sido escritas o por historiadores navarros ubicados en universidades de otras zonas del Estado, o por estudiosos foranos que introdujeron en sus preferencias temáticas el ámbito territorial navarro. Con todo, ambas procedencias no se han traducido en una línea investigadora estable, sino que se ofrecían a los estudiosos como islotes, importantes algunos de ellos, pero sin posibilidad de continuidad y recursos materiales. Y esto por una razón de peso, por la ausencia de un marco académico institucional propio que operara en esa dirección.

La falta de estructuras universitarias públicas ha sido una constante en la historia de Euskal Herria, que no ha podido ser suplida por la actividad en este terreno de algunas instituciones particulares. Esta carencia es un tema recurrente a la hora de entender la debilidad de los estudios de historia contemporánea sobre el siglo XIX y XX, y el peso que de forma paralela fueron cobrando las dos universidades privadas, la de los jesuitas en Deusto y la del Opus Dei en Pamplona.

Esta última no mostraba proyecto alguno que enlazara con lo que eran las demandas populares sobre una revisión histórica de nuestro pasado, exigencia que, por otra parte, se relacionaba con la fuerza social acumulada durante las luchas sociales y políticas de los setenta en favor de la democratización política y social, en un contexto de renacimiento

cultural y reivindicativo vasquista y nacionalista. Sin viento de frescura que amainase la pasión por el conocimiento histórico de la contemporaneidad navarra, el saldo de aquella situación era francamente pobre, desde el momento que los historiadores navarros en los ochenta carecíamos de un marco propio de referencia, de contacto o de identificación. Había realidades institucionales como la representada por la revista *Príncipe de Viana*, que eran cauce de una amplia divulgación de temas históricos, artísticos y etnográficos navarros. Pero el peso desorbitante que, frente a la historia contemporánea, tienen en sus páginas áreas tan clásicas como la historia antigua y medieval, la historia del arte o la (inexplicable y reiterada) publicación de fuentes documentales, la convertían en buena medida entonces, e incluso hoy, en instrumento poco válido para una deseada renovación historiográfica en el postfranquismo.

Ante este panorama, los y las historiadoras navarras al comienzo de los ochenta debían repensar esta situación y tratar de buscar nuevas salidas. En la universidad privada no había posibilidades de sobrepasar un estrecho horizonte de miras y de metodología obsoleta. Tampoco necesitaban nuevas energías para renovaciones impensadas. Por lo general se centraron en temáticas alejadas en el tiempo a los intereses de los contemporaneístas. No por ello su influencia era pequeña. De hecho, los escasos centros relacionados con la investigación, han estado desde hace tiempo penetrados por personal relacionado o educado en la Obra.

A comienzos de los ochenta la visión que podía contemplarse en torno al campo de la historia contemporánea de Navarra era poco activo y estimulante. Como ya se ha dicho eran pocos los puentes tendidos hacia una historiografía anterior y escasa, y, en consecuencia, podía intentarse la construcción de algo nuevo y con miras de continuidad, que fuera alternativa a lo que entonces ya se denominaba versión oficial y conservadora de la historia de Navarra.

Alguien, en algún momento, deberá ajustar cuentas con el legado y la trayectoria historiográfica durante y del franquismo. Algunas cuestiones, empero, son bastante diáfanas. La posibilidad de que se produjera una alta difusión sobre investigaciones y discusiones sobre problemas históricos de Navarra y de Euskal Herria, desde distintos puntos de vista y vertebrados sobre una conciencia vasquista, difusa pero presente en numerosos ámbitos culturales y políticos hasta 1936, era y fue impensable en los cuarenta. Una polémica como la que se dio sobre *Amaiur* en los años veinte, estaba fuera de lugar tras la derrota de la democracia republicana. En un sentido figurado, Víctor Pradera vio triunfar sus argumentos por la fuerza de las armas. Es más, sirvió de colchón ideológico para el triunfo de las armas. La ruptura con la tradición cultural presente en Navarra hasta el triunfo de los insurrectos de julio fue un logro innegable del franquismo.

El corte de esa vena fuerista-vasquista de los Olóriz y Campián, fue casi definitivo en los siguientes años. No tuvo continuadores por mor de las terribles circunstancias de la guerra y no supuso, en consecuencia, un aliciente concreto inmediato para quienes nos estábamos iniciando en la investigación histórica. Sí hubo eruditos locales que mantuvieron en algunas obras un interés por problemas históricos más recientes que los que se apreciaba en revistas

oficiales como *Príncipe de Viana*. Pero lo que se veía como imprescindible para paliar tamañas limitaciones tanto educativas como investigadoras era la creación de una infraestructura académica superior, la universidad pública. En el contexto de los setenta, esta cuestión se reflejaba de forma necesaria en la creación de un distrito universitario vasco, como quedó planteado en 1977 y 1978, pero esta demanda reivindicativa, muestra del florecimiento vasquista en Navarra, chocó con pautas desestructuradoras del territorio vasco peninsular, tanto en lo político como en lo administrativo.

Navarra fue obligada a caminar sola, lo que vino a dejarnos en el mismo punto de partida inicial, sin peso en las reivindicaciones académicas y sin realidad propia que paliara esas demandas. Navarra sin universidad pública, condenada a no entenderse con las estructuras que estaban empezando a tejerse en Vascongadas, dejaba, en esta situación de cambio político, todo un amplio campo social y de influencia a la universidad privada del *Opus Dei*.

La historia contemporánea, y no sólo la más específica económica y social, estaba por hacer. En este contexto, marcado por la necesidad de iniciar otra dinámica historiográfica, es en el que comenzó a germinar la idea de asociarnos y constituirmos en un colectivo, en una asociación de historiadores. En ella se integraron gentes de diversa formación y procedencia académica. Inicialmente navarros que habían trabajado en universidades de otras zonas de la península y que contribuyeron con sus diferentes apreciaciones y su esfuerzo en la organización de las actividades del recién nacido Instituto. Ésta fue una de las vías que acercó a unos y a otros, los frutos de la renovación historiográfica que se daba con más fortuna fuera de Navarra. Hubo otras aportaciones directas de gran valía, las de aquellos que gustosos respondieron a la invitación del Instituto tanto para participar en sus Congresos (1985 y 1991) como en los Cursos de Formación de Historiadores (de los que se han celebrado siete).

La situación política y social de Euskal Herria estaba presente, a modo de telón de fondo, no de forma manifiesta, en el proceder de los historiadores de aquellos años. No en el sentido manido y estéril de condicionar absolutamente los resultados de cualquier trabajo de investigación, sino en la asunción que cada uno hacía de su papel como historiador y de su actividad intelectual en una época y en un contexto que no estaban delimitados ni definidos con precisión. Obviamente éste era un sentir, un estado de ánimo que nos embargaba a más de uno, y no una cuestión que se debatiera para ser aprobada, para que formara parte de nuestro reglamento estatutario. Digamos que era una especie de compromiso tácito con la realidad de nuestro país, en la que nos sentíamos incardinados y a la que contribuíamos con nuestro trabajo de investigación, aportando elementos críticos y rigurosos sobre nuestro pasado. Al mismo tiempo que se iban abriendo paso otras interpretaciones de nuestra historia, en detrimento de la hegemonía de las versiones más conservadoras, se percibía socialmente un ambiente de dinamismo cultural reflejado en el surgimiento de nuevas entidades culturales y en sus programas de actividades. Algo de todo esto puede rastrearse en el contenido y participación en los cursos que desde 1977 organizaba en Pamplona el Instituto de Promoción de Estudios Sociales, IPES; o la renovada puesta en marcha de las secciones de la Sociedad de Estudios Vascos, Eusko Ikaskuntza, y, concretamente, la celebración de la I Semana de las Merindades; el nacimiento de sociedades como el Centro

de Estudios Merindad de Tudela, el Centro de Estudios de Lizarralde, el grupo Altaffaylla Kultur Taldea; o la expectación y éxito de nuestro primer congreso de historia de Navarra sobre los siglos XVIII, XIX y XX, como exposición de nuevos trabajos y líneas de investigación, e indirectamente como dinamizador de otras iniciativas.

Una cuestión acaecida antes del nacimiento del Instituto ayuda a entender lo que en aquellos primeros años de los ochenta representaba esta atmósfera intelectual. Lo representa el impacto de la publicación de la obra de María Cruz Mina Apat *Fueros y revolución liberal en Navarra*, editado en 1981. Resulta paradigmático de lo expuesto aquí, ya que su obra se centró en desmontar lo que de ahistórico rodeaba a la Ley Paccionada, una de las piedras angulares del edificio institucional de la Navarra contemporánea. Sus hipótesis al respecto las había dejado entrever años antes, en 1978, y podemos relacionarlas con la forma que se estaba produciendo la transición política en Navarra.²

Historia y política aparecían, como ahora, vinculadas de forma muy manifiesta. Fuera del contexto historiográfico conservador, poco explícito en ocasiones, falto de trabajos realizados con rigor y de visiones generales con argumentos asentados, se estaba abriendo un hueco ante una necesidad obvia: fructificar en ese terreno baldío podía ayudar a reinterpretar la historia navarra e incluso, al ofrecer nuevo material historiográfico, ayudar a opciones populares de izquierda, de centro, nacionalistas o meramente vasquistas, a asentar sus opciones con un manto historiográfico riguroso.

La política oficial en Navarra fue por derroteros distintos a los expuestos por las nuevas corrientes historiográficas. Ya desde antes de que firmaran el Amejoramiento del Fuero en 1982, los partidos más importantes de la derecha y del centroizquierda, UCD y PSOE, habían optado por reinterpretar la historia contemporánea de Navarra bajo los auspicios de una obra tan endeble historiográficamente como la de Jaime Ignacio del Burgo de 1968. Era la traslación a la historia de la postura del PSOE de construir Navarra codo a codo con la derecha, en este caso, con la UCD. Una muestra ilustrativa de esta decisión fue recogida gráficamente en todos los diarios de la provincia, cuando se expulsó del Parlamento navarro a los parlamentarios de candidaturas populares unitarias de diversas merindades y de Herri Batasuna, mientras V. M. Arbeloa tras ordenar el desalojo contemplaba la escena, Del Burgo leía un libro ¡sobre Azaña!, y J. A. Urbiola recién salido de prisión se desgañitaba protestando. En el caso de aquéllos no se trataba de dilucidar cuestiones dando soluciones a la luz de la exactitud histórica, sino de dar legitimidad histórica a toda una operación de maquillaje y reforma desde arriba del anterior régimen franquista. El Amejoramiento enlazaba directamente con 1841, es decir, con los recursos institucionales y el uso que se había hecho de los mismos por la oligarquía navarra desde entonces. Se estaba dando cobertura a una determinada visión histórica de Navarra, y esa herencia histórica se ofrecía de garante al nuevo consenso de las élites políticas en la forma del texto elaborado en 1982.³ Lo novedoso de todo esto, con todo, fue el proceso de reinserción y de transformación que realizó el PSOE en esas fechas, apuntalando el pasado inmediato en lugar de reinterpretarlo, y privando a los navarros la oportunidad de un ajuste de cuentas con el papel de la Diputación durante las décadas pasadas. Al asentar su línea futura de actuación política sobre la línea trazada desde

1841 y no sobre el rechazo explícito de la ley de 1839, se impidió una reformulación del marco territorial que se estaba configurando en el Estado. Quizás esto pueda ser visto, desde 1994, como un propósito fuera de lugar. Pero no creo que en aquel momento fuera descabellado ni que desde la actualidad sea imposible entender lo que estaba pasando, ya que de lo contrario renegaríamos del análisis histórico para entender el pasado. Las distintas actitudes ante unos hechos tienen que ver más con los análisis distintos empleados ante los mismos que con cualquier otras cuestiones. Quien no indaga más allá de lo que se le ofrece como realmente existente, o quien es incapaz de pasar de lo epifenoménico a lo sustancial, debiera situar como centro de su explicación en las relaciones entre historia y política, cuestiones como la postura del PSOE durante esos años de la transición, defendiendo una opción unitaria para el territorio vasco peninsular como reivindicación viable, o su defensa de la reintegración plena esgrimida en 1977, lo mismo que hacía la Diputación por aquellas fechas, hasta que cambiaron de opinión después de entrevistarse con Martín Villa.⁴ La campaña 37/33 no era ningún dislate, sino que respondía a los deseos de una mayoría social.

Aprobaron, sin referendum, la ley de Amejoramiento. El valor de lo planteado por Mina pasó a un segundo plano. La política oficial se rehacía y el peso de la historia rigurosa y crítica pasaba a ser no funcional para el poder. A los pocos años de que se fueran asentando las estructuras institucionales, la escasa consideración política hacia la historia ha ido derivando en la asignación de escasas partidas para la investigación y en la pérdida de peso específico del conocimiento histórico en la comprensión de la realidad que nos rodea, o sea, de nuestra memoria histórica. Igualmente se ha reflejado en aspectos de la política cultural como el reparto de becas y ayudas para proyectos, e incluso en el diseño de una universidad pública claramente dirigida hacia el desarrollo de titulaciones técnicas, en un sentido más que tosco de lo «productivo», aunque se arguyeron razones políticas e ideológicas para su nacimiento, frente a la preponderancia ideológica, sin competencia, que ejercía la universidad del Opus. Por lo que se ve, el estudio de los átomos o de la poda de los frutales era suficiente para este cometido de beligerancia ideológica.

En este contexto político de dar por cerrado el periodo de la transición, esto es, de no tocar el franquismo, nace el Instituto y se genera un impulso para el estudio de la historia moderna y, sobre todo, contemporánea. Lo cual es más que ilustrativo de la situación de la que partíamos y del conocimiento de las limitaciones más amplias que había en la investigación histórica. Nuestra principal especialización, la historia económica y social, indicaba la necesidad de profundizar en esos ámbitos para poder conocer mejor los procesos sociales, ya que son las personas, los grupos, las clases sociales quienes daban y dan protagonismo a la historia. Y estas clases sociales aunque son libres de actuar como mejor crean, lo hacen siempre en un contexto que no han elegido, que les condiciona en sus decisiones, y sobre el que pueden actuar e incluso modificar. La historia social y económica nos llevaba más allá de la historia tradicional de los grandes personajes, de los conflictos bélicos, de los refinamientos de la corte o de los avatares de los grandes señores. Pero abordar todo esto no cabía hacerlo cada uno por su lado, sino que exigía la formación de grupos de investigación para rentabilizar mejor el trabajo. De hecho, los primeros objetivos del Instituto fueron trabajar en equipo y la formación de jóvenes investigadores, que carecen de oportunidad para

desarrollar su talento y su vocación. Esto ha sido, y espero que siga siéndolo, un distintivo del Instituto Gerónimo de Uztariz, respecto a otro tipo de asociaciones y entidades que se dedican al estudio de la historia. Esto es, nuestra configuración como asociación de historia en la que historiadores y estudiosos comparten algunos criterios colectivamente y trabajan coordinadamente, dejando a salvo intereses y circunstancias de cada uno, bajo unas líneas historiográficas que orientan las investigaciones y las actividades. No es una asociación de agregados individuales, es un colectivo, que respetando sin exclusiones las preferencias teóricas de cada uno, busca ciertas líneas de identidad en lo que entendemos es la función social de la historia en esta tierra, perfilando en la medida de lo posible sus líneas de actuación.

Una historia realizada por un colectivo que carece de sensibilidad hacia los problemas candentes del mundo y de nuestro entorno más próximo es como decía Fontana a propósito de E.P. Thompson una empresa estéril y sin futuro; y un colectivo que se defina por el trabajo cuantitativo y aislado de sus miembros es algo así como un matrimonio o una familia en la que no se comparte sino el mismo techo porque resulta más barato.

De 1984 hasta hoy, los miembros del Instituto han crecido personal y colectivamente, se han especializado y han dado lugar a obras importantes. Pero si bien la historia de Navarra ha tenido un impulso innegable gracias a la actividad y a la obra de sus miembros y colaboradores, no es menos cierto que falta mucho trecho por recorrer. Futuro que pasa por mantener el trabajo colectivo, la reflexión y la discusión, lo mismo que un espíritu crítico y comprometido con la realidad que nos ha tocado vivir. En estos contextos en el que la manipulación ideológica y las transformaciones culturales se alían contra el pensamiento; cuando el conformismo historiográfico resulta ser cómplice y legítima «un presente de desesperanza y abyección (...) sobre la base de ignorar los problemas de los hombres y mujeres que luchan hoy, como ayer, por ‘preservar sus medios de vida y su identidad’ y el desaliento de los jóvenes que no creen en las promesas de futuro que se les ofrecen como consuelo de un mediocre presente», insistir en una historia hueca, descomprometida, por decirlo plásticamente, de cartón-piedra, no es sino ayudar a que esa situación se prolongue indefinidamente.⁵

NOTAS

- 1 *Historia contemporánea de Navarra* de Vicente HUICI, J. M^a JIMENO JURIO y MIKEL SORAUREN, publicada en la editorial Txertoa de S. Sebastián, y a la de José ANDRÉS GALLEGU, *Historia Contemporánea de Navarra*, en Ediciones y Libros, Pamplona.
- 2 En "Introducción a la historia contemporánea de Navarra", Jakin, Bilbao, 1978, pp. 123-144.
- 3 Así reza el artículo 2.1. de las Disposiciones Generales del Amejoramiento del Fuero: «Los derechos originarios e históricos de la Comunidad Foral de Navarra serán respetados y amparados por los poderes públicos con arreglo a la Ley de 25 de octubre de 1839, a la Ley Paccionada de 16 de Agosto de 1841 y disposiciones complementarias, a la presente Ley Orgánica y a la Constitución...».
- 4 Puede seguirse este proceso de afirmaciones y rectificaciones en Pedro Esarte, *El A-Mejor-A-Mienten*, Elizondo, 1983.
- 5 J. Fontana, "E.P. Thompson, hoy y mañana", *Historia Social*, nº 18, Invierno, 1984.

RESUMEN

Al hilo del décimo aniversario de la fundación del Instituto Gerónimo de Uztáriz, el autor reflexiona sobre el contexto político y cultural del momento, y sobre las conexiones entre la interpretación de la historia y la práctica política e institucional.

LABURPENA

Geronimo de Uztariz Institutuaren hamargarren urtemuga dela eta, egileak egungo testuinguru politiko eta kulturalaz eta historiaren interpretazioa eta ihardun politiko eta instituzionalaren artean diren hartuemanetaz gogoeta egin du.

SUMMARY

The author makes use of the tenth anniversary of the foundation of the Institute Gerónimo de Uztáriz to think about the political and cultural context of the time, and to reflect on the links between the interpretation of the history and the political and institutional practice.